

insensatos ó locos si queremos resistirnos á su creencia. Por ejemplo: si yo quisiera persuadirte de que no se debe castigar á los niños con dureza, con venganza ni frecuencia, porque tal modo sólo sirve de hacerlos estúpidos, sinvergüenzas é incorregibles, y esto quisiera yo que lo creyeras, sólo porque soy coronel y tu marido, sin darte otra razón, sería una necedad mía, y tú no deberías creerme, si tenías otras ideas que te convencieran de lo contrario; pero si después de haberte señalado la causa de lo que te digo, por la razón y por la experiencia, añadiera las autoridades de un Cicerón, de un san Jerónimo, de un Blanchard, de un Fenelón y de otros varios, que van conformes con que el tratar á los niños con una imprudente severidad, no sólo es inútil, sino pernicioso; en este caso, digo, ya no tienes ningún fundamento para dudar de mi opinión, porque la ves corroborada por la razón, la experiencia y la autoridad. Entonces ya me debes creer, y abandonar como boberías las máximas de tus venerables tías, reírte de los refranes vulgares, estar entendida de que ni la letra, ni la labor ni nada entran con rigor, mejor que con la suavidad y el cariño, del que se debe usar más liberalmente con las niñas, en atención á su complexión más delicada, á su pudor y timidez. Y descansando en estos racionales sentimientos, procurarás desde luego educar á Pudenciana según mi modo, sin sujetarse á otro alguno contrario. ¿Qué te parece?

A esto ha venido toda la conversación de los niños y los viejos. ¿Qué dices?

—¿Qué he de decir, contestaba Matilde, sino que estoy perfectamente convencida de cuanto dices? La verdad tiene un poder irresistible. Desde hoy escucharé á mis tías y á las que no sean mis tías con más cuidado; reflexionaré en lo que me cuenten; haré lugar á la razón con imparcialidad, y si ella se declarase en su contra, despreciaré sus cuentos, me reiré de ellos, y no los creeré aunque sus autores tengan más canas que cabellos. Pero hablando de aquellos muchachos duros y sinvergüenzas para quien son inútiles los consejos, y acaso pernicioso el castigo, dime ¿qué se debe hacer con ellos? ¿se han de dejar impunes sus delitos? ¿se han de dejar perder porque no les aprovecha el castigo?

—No se puede aconsejar tal cosa, decía el coronel. Yo bien sé que hay muchachos que desprecian los buenos ejemplos y consejos, se burlan de las amenazas y se obstinan con el castigo. ¡Infelices! Para éstos ninguna educación es buena, por prudente y eficaz que sea. En tal caso, á mi parecer, lo mejor es separarse de ellos. Si son hombres, ponerlos al servicio del rey, pues en la tropa si no adquiriesen luces ni virtud, serán menos viciosos públicos, cuando no por voluntad, por el temor de las penas que prescriben las ordenanzas contra los que faltan á la subordinación debida á los que los mandan; y



si son mujeres, recluirlas en un colegio ó monasterio en la clase que se pueda, según las proporciones de los padres, esto es, como niñas ó sirvientas, pues á lo menos, cuando el ejemplo bueno no las corrija, la ninguna libertad, la continua ocupación, acaso gastarán algún tanto su inclinación perversa.

Yo aquí propongo unos remedios que no apruebo como seguros, sino solamente paliativos para entretener el mal, y como suele decirse, por si pegan, pues un muchacho ó muchacha de maldita inclinación, sólo por una rara casualidad puede corregirse. Lo frecuente es que se extravían y se pierden de día en día. Si los padres han hecho lo que deben por su bien, deben desechar los escrúpulos, abandonarlos y pedir á Dios por ellos.

—Lástima me dan, decía Matilde, semejantes hijos, y más sus infelices padres, pero creo cuanto me dices. He conocido algunos que me aseguran del juicio con que hablas, y por lo mismo siempre que me convenzas como ahora, yo te creeré sin repugnancia.

—Esa docilidad de carácter que tienes, decía el coronel, es una señal segura de talento. Tú no sabrás lo que no te enseñaren; pero ten cuidado de no olvidar estas lecciones, para que las ejercites con fruto en la educación de nuestra hija.

Tales eran las conversaciones de estos dos consor-

tes, y yo, aunque muchacho, me engolosinaba en oírlos, y ellos no se recataban de mí para hablar de semejantes asuntos; me amaban como hijo y yo amaba á su niña como si fuera mi hermana.

